

Mario Ferrero

El humo en los dados



UN animal herido y solitario avanza
por la orilla de la noche,
sus grandes ojos como diez cadenas
donde crece el musgo frío del otoño.
No hay dónde ir en esta hora verde
y llena de ladridos.
Como un filtro de fina gota helada
van cayendo las cartas de algún naipe marcado.
Se cuele el viento ronco a grandes ramos
y unos niños de gritos alargados
van a vender su sangre en un canasto.

Voy andando acostado entre dos vigas,
entre dos picaportes tengo la mano sola y enlutada.
Me llora pan del alma, dulce harina de nadie,
hilacha cenicienta que flamea en las tardes.

Oh, qué crueldad, amigos,
ésta de ser molino de extranjera cosecha
y moler trigo sucio,
dormir dentro de un hueco,
vivir acumulado como un kilo de cáñamo.

La carroza amarilla de este tiempo en barbecho
se detiene a mi puerta
y bajan generales
mordiéndole a la vida el pelo y las cucharas.
Todo es triste y ajeno,
las calles de mi barrio donde corre la noche perseguida,
el lugar de los besos, los chicotes del miedo
que guarda el señor cura en su cofre de cedro.

Nadando bajo el mar una mañana clara
he perdido los dados.
Los pájaros salvajes picoteaban el día,
brotaba de mis huesos una leche morada.

Es el humo salado del naufragio,
un cajón de alacranes con una flor adentro,
es el viento que sangra partido en dos mitades.
Dan ganas de llorar, de morirse de risa.
Dan ganas de pasar por el ojo de un ciego,
de quebrarse una pierna,
de encerrarse con llave en los trenes de carga.

Es como haber nacido con catorce cabezas,
como un golpe en el agua.